

LA PEDAGOGÍA DE LA TERNURA

Luis Carlos Restrepo

MÉDICO PSIQUIATRA, ESCRITOR.

Hace algunos años fui invitado a Mitú, capital del actual departamento del Vaupés, para realizar un taller sobre el tema de la ternura. Asistieron funcionarios y maestros, algunos de los cuales se habían desplazado desde regiones remotas para participar en la actividad programada. Al finalizar la jornada, una mujer que se había mantenido silenciosa durante los dos días que duró la experiencia, tomó la palabra y habló así:

“Con esta cara que yo tengo —y en realidad tenía un gesto severo, adusto— y esta voz que yo tengo —valga decirlo, su tono de voz era grueso, grave—, a mí siempre me ponen de disciplina. Y yo lo entiendo, porque basta con decir ‘¡niños!’ y ellos obedecen. Pero también, cualquier muchachito emprobleado que llega a la escuela, sin siquiera consultarme, me lo mandan. Y yo lo recibo, porque qué más se hace.

Una vez me mandaron un niño, que traía su mamá jalándolo de la oreja y me lo entregó diciendo: ‘Ahí le dejo este hijueputa y manéjelo así —decía, mientras me indicaba cómo lo jalaba de la oreja—, porque de lo contrario no responde’.

Yo no dije nada, pero pensé para mí: ‘Humm... esta señora ni siquiera se respeta ella misma. Diciéndole al hijo de esa manera’.

Llevé al niño para el salón, lo ubiqué en su puesto y empecé a dictar la clase. De pronto, sin darme cuenta, volteé a mirar para donde él estaba y me encontré con sus ojos que me miraban fijos, con odio. Fue entonces cuando me gritó: 'Vieja hijueputa'. Yo dije para mí: 'Que niño tan atrevido', pero seguí dando clase, mirando para otro lado. Al rato, cuando de nuevo, sin darme cuenta, me encontré con su mirada, volvió a soltarme la misma palabrita. Pero yo seguí con la clase, mirando para otro lado. Así pasó una semana, dos hasta completar un bimestre, momento en que por obligación tenía que ponerle notas.

No sé si hice bien o mal, pero le coloqué excelente, excelente en todo. Cuando la mamá recibió la libreta no dijo nada, pero sé que al menos no le pegó. El niño, en cambio, me miraba como diciendo: 'Esta vieja está loca'.

Pero no crean que cambió, siguió la misma cosa. Y al cumplirse el segundo semestre, de nuevo me tocó calificarlo y qué más hacía, colocarle de nuevo excelente, excelente en todo. Así pasó el tiempo, el tercer bimestre, y ya no recuerdo si por cansancio de él o porque a mí se me olvidó, finalmente dejó de decirme de esa manera. Ya entonces me había dado cuenta de que el niño venía mal vestido, con su ropa sucia y que siempre buscaba algo para comer por todos lados.

Un día, lluvioso por cierto, llegó a la escuela emparamadito. Cuando quise acercarme para quitarle su ropa y cambiársela por otra limpia que yo tenía guardada para estos casos, se me vino furioso, a darme pata, como si estuviera endemoniado. Fue entonces cuando supo quién era yo —imagino que le dijo: '¡niño!' con su voz severa—. Se quedó entonces quietecito y se dejó cambiar la ropa. Desde entonces, cada vez que llegaba por la

mañana con su ropa sucia, yo se la cambiaba por la que tenía guardada en el aula, pero eso sí, antes de irse para la casa le ponía otra vez la ropa vieja, para que a la mamá no le dieran celos.

Me había cerciorado también de lo comelón que era, y por eso a la hora del descanso, cuando tomábamos la merienda, yo partía un pedazo de pan y lo colocaba en mi mano extendida, mirando para otro lado, como quien no se da cuenta. De pronto sentía un ventarrón que pasaba por mi lado, y era él, arrebatándome el pedazo de pan y corriendo lejos para comérselo.

Ya entonces yo había empezado a exigirle, a apretarle las tuercas. Y así siguió en la escuela, aprendió a leer, a escribir y llegó hasta quinto —máximo grado de escolaridad en la región. Ahora anda “raspando” —raspachín es el nombre que se da a los jornaleros de la coca, el único cultivo comercial de esta región— y los sábados lo veo en el café jugando billar —único espacio de socialización masculino—, pero nunca lo he visto borracho. Él me ve pasar, pero le da como pena y voltea la mirada. Yo a nadie le había contado esta historia, pero en estos días, escuchándolo hablar, pensé para mí: ‘¿será que lo que yo hice fue ternura?’ Claro que yo nunca pensé así, pues lo que me imaginaba era que estaba cebándolo; sí, así como se ceban los animalitos del monte. Doctor, la pregunta que yo quiero hacerle es la siguiente: ¿cebar es lo mismo que ternura?’

Ya para entonces yo estaba estupefacto. Le di las gracias por la historia y por haberme enseñado que cebar era lo mismo que ternura. Yo no lo había pensado. Desde entonces no deja de sorprenderme que esta mujer, sin ninguna conceptualización psicológica o pedagógica, hubiese puesto en práctica, de manera tan plena, los principios de una pedagogía de la ternura. Y lo hizo

comparando al niño con un animalito del monte, comparación que para muchos puede resultar ofensiva. Pero recordemos que también a los animales se los puede tratar con crueldad o con ternura. Además del método franciscano que consiste en



ofrecer alimento para cebar, sin hacerle trampas al animal ni atraparlo en una jaula, existen otros métodos violentos que buscan someter al salvaje coartándole su libertad o convirtiéndolo en presa de cacería.

La escuela puede verse como un aparato de captura en el campo cultural. Así tratemos de negarlo, la educación es un proceso de doma. De allí que la metáfora animal siga siendo pertinente. ¿Prefiere la escuela los métodos de enjaulamiento o es capaz de alimentar al niño cultivando su libertad?

Hace unos años, para seguir con las historias maravillosas que me ha regalado este país, tuve noticia de un hombre que amansaba caballos con ternura. Él llamaba a su método “la doma racional” dando a entender que los métodos crueles no sólo eran inadecuados sino también irracionales. No se trataba de una simple afición o de un capricho. Partiendo de una perfecta comprensión del sistema nervioso del caballo y buscando que los aprendizajes fuesen sólidos, él ejercía su oficio de domador de potros en la región que se extiende entre Aguachica, en el Cesar, La Mesa de los Santos en Santander y Yopal, en Casanare. Es decir, una región donde la cultura machista es predominante. Su actividad preferida era asistir a ferias de pueblo y pedir que le soltaran un potro bravo, sin amansar. Allí, delante de todos, utilizando el rejo sólo para producir finos y precisos sonidos en el aire, tocando al potro con la yema de sus dedos sobre el lomo

como si practicara digitopuntura, y hablándole con suavidad para modelar su sistema nervioso, lograba en tiempo *record* —menos de una hora—, ensillar y montarlo por primera vez. Quienes conocen de caballos saben que se trata de un buen comienzo. Era entonces cuando se dirigía al público con el mejor discurso de paz que se haya pronunciado en este país. De manera breve, decía a su impávido auditorio que estábamos en guerra porque en Colombia no había verdaderos amansadores.

Sin embargo, volvamos al ejemplo de la profesora, que en una zona lejana, distante unos dos días navegables de Mitú, zona de coca y de guerrilla, sin presencia estatal y con una madre como la descrita, fue capaz, en silencio, de apostarle a un niño que cualquiera de nosotros daría por perdido. Ella no se dedicó a pelear con la madre ni a abrumarla con su cantaleta. Utilizó el tiempo que tenía como maestra para ofrecerle lo que estaba en sus manos: transmitirle atención, cariño, conocimientos, confianza. Ella hizo de este niño un factor de paz. Quienes conocen la dinámica de estos poblados de colonización, que viven en la ilegalidad, saben lo frecuente que es entre los hombres el abuso del alcohol. Este niño no se emborrachaba. Era la mejor prueba del mejoramiento de su autoestima. En medio de la hecatombe social, una mano le había transmitido, con certeza, la vivencia de la ternura.

Pero lo más interesante era cómo manejaba la autoridad, y la claridad que su ejemplo nos da sobre la dimensión de la ternura como algo alejado de la melosería. Ella, que corporalmente infundía respeto y autoridad, que parecía severa y antipática, era la más plena expresión de la ternura. Muchas veces creemos que la calidez pasa por una sonrisa superficial, o por una fingida cordialidad. Nada más dañino que esas posturas que anuncian la caricia para finalmente negarla.

Como no tenía problemas con el ejercicio de su autoridad, supo también esperar y contener, entendiendo de entrada que el comportamiento del niño era insensato. Que por su boca expresaba el odio que había recibido. No se desgastó peleando con él, como lo hubiese hecho cualquiera de nosotros, para que la respetara. Esperó para ejercer su autoridad en un momento más oportuno. Sólo cuando meses después el niño intentó agredirla cuando le ofrecía algo que él necesitaba, le hizo saber lo que implicaba su mando. Ese día, el niño también aprendió que se trataba de una autoridad buena. Una autoridad que no estaba movida por el deseo narcisista de ser obedecida a cualquier costo, sino que le enseñaba con claridad que no podemos rechazar aquello que necesitamos.

Menos mal que por allí no había ningún psicólogo o psiquiatra para remitirlo. Pues nosotros, los profesionales de la Salud Mental, muchas veces nos volvemos parte del problema. Entre maestros, padres y terapeutas, "*psicopatologizamos*" al niño atrapándolo en un diagnóstico, pero somos incapaces de ofrecerle el apoyo vital que necesita con urgencia. Remitir a un niño es, con frecuencia, una buena manera de proyectar el problema sobre otros. O proyectarlo sobre los padres, sobre el cerebro del niño, o sobre la sociedad.

Esto no quiere decir que no haya padres especialmente enfermos, o que no existan los problemas de aprendizaje y de desarrollo con algún compromiso cerebral, o que subsistan las sociedades maltratantes. Pero al realizar el diagnóstico, deberíamos recordar que siempre se trata de un diagnóstico compartido. No existe ningún trastorno de aprendizaje que no sea, a la vez, un trastorno de enseñanza. Cuando la metodología escolar choca con un niño, no tenemos por qué considerar que es el niño quien necesita tratamiento. Hay que intervenir sobre el niño para



fomentar el crecimiento de su singularidad, pero también se debe intervenir sobre la escuela con el propósito de flexibilizar el aparato de captura, de tal manera que sepamos pulir con esmero la materia prima que se nos ofrece, haciéndolo sin aplastar la diferencia ni atormentar la vida.

Esta maestra supo hacerlo asumiendo que, en primer lugar, el niño es cuerpo. Cuerpo que se viste y alimenta. Que siente frío y hambre. Y su labor pedagógica empezó por estos rudimentos. Frente a la madre asumió el papel del desactivador de bombas. Al calificarlo como excelente, le envió a la madre un mensaje peculiar: que su hijo era único, y de verdad que lo era. Y como tal, debía amarlo porque era excelente. Ojalá que al calificar tuviésemos en cuenta que la nota es, ante todo, un mensaje hacia los padres y hacia el propio niño, mensaje que debe estar abierto a la creatividad comunicativa.

A Colombia, de alguna forma, podemos entenderla como un conjunto de bombas activadas. Quienes le apostamos a la ternura en un país minado, creo que tenemos que aprender a acariciar la bomba. Cuando a Andrés Hurtado, el religioso que conocen muchas y muchos por su pasión ecológica, alguien le preguntaba: “¿Por qué razón a usted no lo pican las arañas venenosas con las que trabaja?”, él contestaba: “Yo nunca he visto una araña que pique el suelo sobre el que camina, yo soy suelo para las arañas y nunca me pican”. Es otra manera de entender la caricia y el soporte.

Recuerdo a una maestra que una vez me contó una historia acontecida en un colegio bogotano. Se trataba de un niño que por

tercera vez repetía quinto de primaria, destacándose por su mal comportamiento. Existía un consenso colectivo sobre la inmadurez del chico y lo poco preparado que estaba para pasar al bachillerato. Sin embargo, contra la opinión de sus compañeros y compañeras de trabajo, ella decidió promoverlo. Pero además, decidió premiarlo. Y para justificar el premio colocó esta frase en el diploma: "por su insólito comportamiento".

Parece que todavía hoy el chico se sigue preguntando qué quiso decirle con eso, ¿que era bueno? ¿que era malo? Es decir, sembró en él la interrogación ética, la pasión por el discernimiento. Lo sacó del estigma de niño malo y lo llevó al campo de la reflexión. Valga decir, por demás, que una vez en bachillerato su comportamiento mejoró.

Esta maestra más bien trató de aminorar el odio de la madre cuidándose, en todo momento, de no despertarle celos. Lo más importante para ella era que siguiera trayendo al niño a la escuela. La pedagogía de la ternura significa la posibilidad de aplicar la autoridad con delicadeza. Todo niño necesita normas, y si uno no las pone él se las inventa, pero cuando vienen del adulto el niño se siente contenido. Pero de todas maneras y durante todo el tiempo, el niño va a estar, como dicen los muchachos de la calle, midiéndole el aceite al adulto. Ese postre es demasiado apetitoso como para no morderlo. Todo adulto que pone una norma de hecho está invitando al niño a que la viole. No sé si ustedes se han dado cuenta, de que cuando los adultos se reúnen en fiestas familiares, ya como desde las 10 de la noche en adelante, sueltan unas carcajadas estruendosas. Entonces uno se acerca para escuchar de qué están hablando y es de las pilatunas que hacían cuando eran niños. No mencionan lo juiciosos que eran. Nunca he visto un grupo de adultos riéndose de lo juicioso que eran.

Curiosamente, esos adultos son regañones, controladores, neuróticos e insoportables para los niños. ¿Será que tienen doble moral?, ni más faltaba; lo que pasa es que ellos saben, sentimental y emocionalmente, todo lo que aprendieron de sí mismos y de los adultos al violar la norma. La norma es para el niño un juego exploratorio que le permite saber hasta dónde llega el adulto y hasta dónde llega él.

Por eso debemos atender al cumplimiento de la norma, ese es el papel de los adultos. Ser adulto es poner normas, ser niños es intentar violarla, o ser niño es estar siempre en trance de fugarse o de que alguien se lo robe a uno y ser adulto es impedirlo a toda costa, pero atendiendo al cumplimiento de la norma es supremamente importante atender al crecimiento y a la singularidad del niño. Cuando la norma es fría y se impone a los niños, aunque sea uno de los Diez Mandamientos, se vuelve perversa y aplasta la singularidad. Así, en su desarrollo el niño no tiene otra alternativa que declarar la guerra a la norma y hacer de esa declaratoria de guerra su bandera de identidad. Es el mecanismo de la delincuencia o de la rebelión juvenil: sólo soy yo si rompo la norma.

Al revés, cuando somos capaces de aplicar la norma con calidez, le damos al niño la oportunidad de explorarla y reconstruirla, pues eso será, finalmente, el ejercicio de la libertad cuando él también sea adulto.

Seguimos educando para la obediencia y no para el discernimiento; incluso se dice que “la letra con sangre entra”. Quienes añoran viejos tiempos cuando el maestro pellizcaba o golpeaba con la regla, insisten en afirmar que este método es efectivo para disciplinar al niño, y que a Dios lo que es de Dios y

al César lo que es del César. Parcialmente tienen razón, pero con una aclaración: se les olvida decir que, tal como sucede con los animales, cuando socializamos a un niño mediante el terror durante toda la vida tendremos que mantener la amenaza para que responda y funcione, es decir, este método tiene que complementarse necesariamente con una sociedad cerrada y autoritaria, pues cuando el niño es educado con el terror, pero sale a la dinámica de la sociedad abierta, inevitablemente fracasa. Allí aparecen las típicas patologías de la libertad: la drogadicción y la delincuencia.

Quiero que tengan en cuenta este concepto. Esas patologías llamadas sociales finalmente son las patologías físicas de la sociedad abierta —en las sociedades cerradas no se dan estos fenómenos—; en el último informe de las FARC procedentes de la zona de distensión reivindican, como algo propio, la desaparición total de los homicidios: los ciudadanos ya no se matan entre sí. Sabemos hace mucho rato que en las sociedades fuertemente controladas los ciudadanos no beben ni se matan entre ellos. Eso es típico de las sociedades abiertas, pero no sólo de ellas. El drama norteamericano, un drama duro, es típico de las sociedades abiertas que expresan la profunda contradicción cultural del momento. Tenemos sociedades abiertas de mercado, pero con jóvenes y personas que han sido educadas de manera autoritaria, y que cuando entran a toda la dinámica de la sociedad abierta se revientan. Por ello aparece un drogadicto, alguien educado en el chantaje afectivo por el terror, y que al entrar en contacto con la sociedad queda atrapado en la forma más perversa del consumo, en la drogadicción, la reina del consumismo.

Hace muchísimos años, cuando yo empecé mi trabajo como médico, trabajé en un municipio del Huila llamado Salado Blanco.

Recién llegado, me mostraron al mendigo del pueblo que tenía por nombre El Lloroncito. Un día supe cómo era la metodología del Lloroncito, porque se instaló al lado de mi casa, se quedó allí con sus cachivaches y empezó a llorar. Yo salí muy fresco, para ver qué requería; él siguió llorando, me le acerqué y cuando estaba como a metro y medio sacó un garrote y a duras penas alcancé a entrar otra vez a mi casa. Por supuesto, como psiquiatra me imaginé que el mendigo era sicótico. Al otro día le pregunté a la auxiliar de enfermería sobre por qué él no había recibido atención, pero ella no me entendía. Cuando le expliqué lo que había pasado, ella se rió y me dijo: “Por eso lo llaman El Lloroncito, porque a él lo único que le gusta es llorar y a todo el que se le acerca a ayudarle le da palo”.

Yo creo que Colombia tiene el síndrome de El Lloroncito: nos quejamos, nos quejamos y sale uno a hacer una propuesta y tiene que esconderse porque todo el mundo le da palo. Ese despecho colectivo, esa desesperanza colectiva que podríamos entenderla como una depresión colectiva, afecta de manera especial a los maestros, es decir, a ese resorte tan impresionante del aparato cultural que son los maestros. Pero en general todos estamos despechados. La última encuesta señala que el 80% de los colombianos considera que Colombia no va para ningún lado y que está empeorando.

¿Qué sería entonces la Salud Mental?: sería ese estado pasional que sabe inculcarle a los espacios cotidianos o al espacio social, al aula o a la escuela, un espíritu de lucha, porque no puede ser resignación con lo que existe, pero un espíritu de lucha que no riñe con la alegría, es decir, que no cae en el despecho, un espíritu de lucha que le apunta a la delicadeza y a la construcción de redes.

La ternura no es la ausencia de autoridad. Por el contrario, es la posibilidad de aplicar la autoridad con delicadeza. Atendiendo al cumplimiento de la norma, pero también al crecimiento y a la singularidad del niño. En uno de los más hermosos capítulos de *El Principito*, al llegar éste a un asteroide perdido en el espacio se encuentra con un rey regañón, que de tanto regañar aburrió a sus súbditos. De inmediato empieza a darle órdenes al Principito, quien se da cuenta de que se encuentra en el lugar equivocado. Entonces le dice al rey que se va a marchar. Éste le responde que en su reino nada se puede hacer sin su permiso. Ante la insistencia del Principito, el rey lo invita a la sala del trono y le pide que le diga a qué hora piensa irse. 'A las 6:45 de la tarde', contesta el Principito. Entonces, sentado en su trono, con su corona puesta, el cetro entre sus manos y con voz de rey, le dice: '¿Te ordeno que te vayas de mi reino a las 6:45 de la tarde'. Así la autoridad del rey se cumplió y se respetó la singularidad del Principito.



Nada genera más violencia en la relación entre adultos y niños que el problema de la obediencia. En su nombre se maltrata y ofende. Lo importante de un método de enseñanza es la consistencia. Y para una educación democrática cuyo horizonte es la libertad, no existe otro camino que el de la pedagogía de la ternura. Esta pedagogía puede entenderse desde una metáfora ecológica. Me dirán ustedes que me he vuelto muy agropecuario. Primero hablé de animalitos y del amansamiento —la parte pecuaria— y ahora voy a hablarles de plantas —la parte agrícola, o mejor aún de horticultura—. Pero ¡qué vamos a hacer! Si tratásemos a los niños como tratamos a las plantas de un jardín, habríamos hecho lo mejor por ellos. Hay quienes dicen, sin em-

bargo, que esto es muy complicado porque tienen mala mano para las matas. Mata que cogen, mata que matan. Y se resignan a este desastre. Llaman a la vecina o al vecino para que les cultive las matas. E imagino también que llamarán a la vecina o al vecino para que cuide de sus hijos, del esposo o de la esposa... No podemos resignarnos a tener mala mano. Los asuntos de la mano son indelegables.

Pero, ¿qué es tener buena mano para las matas? No se trata de tener muchos conocimientos, sino de tener disponibilidad de tiempo para compartir con las matas, o con los niños si se quiere, para perder tiempo con ellos. Y si se está muy ocupado, entonces acontece el milagro. Al destinar tiempo para los niños o para las matas, nos concedemos tiempo para nosotros mismos. *Conceder tiempo*: he ahí la clave para la buena mano. Quien sabe alimentar también tiene buena mano. No de afán ni cada quince días, como quien riega sus matas con manguera pues le molesta que necesiten cuidados diarios. Es necesario alimentar poco a poco, con gusto. Como cebando a un animalito; nada más grato que alimentar, que conceder vida. Cuando se alimenta respetando la libertad del niño, no caemos en la sobrealimentación, que es una manera de agredirlo. Quien sobrealimenta una mata, sobrecargándola con fertilizantes químicos para verla florecer rápido, termina generando todo lo contrario: su afán y su ansiedad terminan matándola. La mano que alimenta, la mano que acaricia. Mano capaz de sostener y contener, pero también de impulsar el crecimiento. La mejor figura de la Salud Mental está dada por la metáfora del cultivo. Un espacio con Salud Mental es aquel capaz de brindar calidez, atendiendo al clima interpersonal. Pues así como las plantas necesitan de un microclima, de una cierta humedad y temperatura para crecer, así también los seres humanos necesitamos de un microclima afectivo sin chantajes, sin

autoritarismo. Este microclima debe saber integrar, como en todo ecosistema, los intereses de la singularidad con los intereses de la interdependencia. Un ecosistema, tanto natural como humano, no es más que un conjunto de singularidades que se relacionan y dependen entre sí. Recordemos que en el plano social la singularidad se identifica con la libertad, mientras la interdependencia se identifica con la justicia, que no es otra cosa que la reciprocidad y la equidad. Combinar los intereses no siempre convergentes de la justicia y la libertad, sólo puede hacerse desde una pedagogía de la ternura.

Propendemos por una pedagogía que sepa combinar fuerza y delicadeza. Pedagogía que tiene como horizonte el cultivo de la singularidad, sin negar la necesidad de la interdependencia. Esta pedagogía, que incluso puede aplicarse, en medio de la hecatombe social, pues ante todo nos compromete a transformar ese espacio cotidiano que está al alcance de nuestra mano.

Salgamos del lamento. Muchas veces justificamos nuestras quejas soñando con una sociedad distinta a la que tenemos, sin hacer nada por conseguirla. Y no nos damos cuenta de que, como Noé —cuando se vino el Diluvio—, podemos construir un arca para surcar el mar embravecido. Y allí, dentro del arca, construiremos relaciones de respeto y diferencia. Así afuera la tempestad arrecie y amenace con hundirnos, nada ni nadie puede eximirnos de la responsabilidad de cultivar, de esparcir semillas para una nueva vida. La Salud Mental no es un estado, tal como sucede con la ética, sino más bien una disposición de lucha, una lucha cultural contra la desconfianza, por la solidaridad y la creatividad, contra la paranoia eficientista y la monotonía. Salud Mental es ese estado pasional de quien sabe inculcarle al aula y a la escuela un espíritu de lucha que no riñe con la alegría. De quien sabe

compartir en silencio. De quien se esfuerza para transmitir con sus gestos y palabras la semilla de una sociedad más justa.

No debemos olvidar que los más grandes gestos de ternura, como manera de enfrentar la crueldad humana, casi siempre se dan en medio de las guerras. No es algo que recibimos gratuitamente, sino algo que construimos activamente con los otros. Es puente sobre el río, calidez para enfrentar el conflicto, resistencia contra el despecho. La ternura es fuerza que nace de la delicadeza, bálsamo que nos da ánimo para sanar nuestras heridas y tender puentes de solidaridad en medio del conflicto.

En este país en guerra, signado por el despotismo y la desconfianza, los maestros pueden ser constructores de paz si insisten en llevar sus arcas en medio del diluvio, sin perder vínculo en el poder de la palabra. Esto, en sí mismo, es ya un acto de ternura. Deberíamos saberlo con más certeza, para dar impulso a lo que a diario hacemos por la libertad, la justicia, como ciudadanas y ciudadanos, sin caer prisioneros de esos discursos catastróficos, despechados y guerreristas, que intentan imponerse en nuestra patria.

Salud Mental es esa actitud de quien sabe compartir en silencio, como en el caso de esa mujer que les comentaba, de quien sabe transmitir con sus gestos y palabras la semilla de una sociedad más justa, en presente, por supuesto. No debemos olvidar que los más grandes gestos de ternura se han dado en medio de la guerra. Sabemos de ellos en los campos de concentración alemanes. Todos sabemos de los gestos de ternura que hay cotidianamente en países como Colombia. Es decir, la ternura es una metodología y una estrategia de lucha para enfrentar cotidianamente la crueldad humana, para no dejarnos aplastar por

el terror. La ternura, que es esa fuerza que nace de la delicadeza, actúa como una especie de bálsamo que nos da ánimo para sanar nuestras heridas, nunca de manera completa, pero sí al menos para recuperar un mínimo de confianza para tender puentes de solidaridad en medio del conflicto.